

Informe Mensual de Seguridad Internacional – Mayo 2008

Alimentos, Pobreza y Seguridad

Paul Rogers

En su análisis de tendencias sobre la seguridad global, Oxford Research Group (ORG) han mantenido que existen cuatro factores principales que podrían determinar las pautas de la inseguridad en las próximas décadas¹, y son las siguientes:

- La creciente brecha socioeconómica, que conduce a la marginación de la mayor parte de la población mundial, incluso en un contexto de crecimiento económico sostenido.
- El impacto del cambio climático, especialmente en términos de su efecto sobre la producción y distribución de alimentos en las regiones tropicales y subtropicales.
- La competición por los recursos, principalmente los energéticos y el agua.
- El proceso de militarización, de manera especial la tendencia a utilizar la fuerza militar para mantener el status quo, más que para abordar los problemas subyacentes.

En este contexto, ORG sostiene que el terrorismo no es el problema global fundamental, aunque el auge de movimientos sociales radicales y extremistas como Al Qaeda y los Nasalitas de India puede ser en parte un síntoma de la marginación. Si un mundo con más problemas ambientales y económicamente dividido es la tendencia para las próximas dos o tres décadas, entonces asuntos tales como las migraciones masivas, la profunda inestabilidad política y los movimientos de protesta violentos cobrarán más relevancia. Existe el peligro de que comunidades y estados de la elite consideren estas manifestaciones como amenazas a su seguridad.

Durante el año pasado, aunque la “guerra contra el terror” seguía siendo la principal prioridad de las fuerzas de seguridad occidentales, otras dos grandes cuestiones han causado preocupación, y han sido el futuro suministro global de la energía y el asunto más inmediato de una gran crisis alimentaria internacional. Este informe se centra primordialmente en la segunda cuestión y busca situarlo en el contexto del trabajo de ORG sobre seguridad sostenible.

Vuelta al Futuro

Un aspecto de la actual crisis alimentaria mundial es su paralelismo con el momento de mayor preocupación en torno al suministro mundial de alimentos hace 35 años. La comparación entre 2008 y 1973-4 es instructiva tanto en términos de similitudes como de las diferencias. Un aspecto importante ha sido el alcance de las protestas y la inestabilidad política que ha seguido directamente a las rápidas subidas del precio de los alimentos.

Recapitulemos los principales elementos de la crisis 1973-4: en aquel momento se temía que grandes hambrunas afectarían a más de veinte países de África Subsahariana y el sur de Asia, y había gran preocupación de que, a menos que se produjera una respuesta internacional inmediata, unos 40 millones de personas se encontraban en riesgo de morir de hambre. En la medida en que existía el riesgo de una pérdida de vida masiva inmediata, esa crisis se diferencia de la actual situación, pero el gran impacto de la rápida subida del precio de los alimentos a principios de los años 70 no es paralelo a los actuales problemas, especialmente en términos del creciente riesgo de malnutrición.

¹ Ver, por ejemplo, Chris Abbott, Paul Rogers y John Sloboda, *Beyond Terror: The Truth About the Real Threats to Our World* (Random House, 2007). La versión en español es *Mas Alla del Terror* (Los Libros del Lince, 2008).

Entre los problemas a largo plazo identificados a principios de los 70 figuraba el relativo abandono del desarrollo rural y agrícola en las dos décadas anteriores, y los efectos del rápido crecimiento demográfico. A corto plazo, las principales cuestiones que generaron la crisis fueron los crecientes costes del petróleo y de los fertilizantes y el aumento de la demanda de carne por la generalización de dietas ricas en carne en los países industrializados, y su consecuente impacto en la demanda de las cosechas para alimentar al ganado.

La crisis anterior fue precipitada por la escasez de alimentos causada principalmente por las condiciones climáticas. A principios de los 70, la zona del Sahel del África Subsahariana experimentaba una larga sequía, en 1970 Bangladesh sufrió un ciclón catastrófico que causó la muerte a medio millón de personas e inundó con agua de mar las zonas costeras de cultivo de arroz y en 1972-3 la Unión Soviética obtuvo una desastrosa cosecha de cereales que supuso la importación de grandes cantidades de grano de otros países.

Merece la pena igualmente resaltar que la crisis de 1973-4 puso de manifiesto los puntos débiles de lo que anteriormente se había denominado como la "revolución verde". Los avances en los cruces de cultivos en los años 60 habían resultado en la introducción de una gama de nuevas variedades que producían consistentemente mayores cosechas que las antiguas variedades. Algunas de las cosechas de alimentos más importantes del mundo, incluido el arroz y el trigo, fueron objetivo especial de estos cruces y el impacto de las nuevas variedades fue tal que se esperaba con confianza que tuvieran un profundo impacto en la agricultura tropical. Muchos especialistas en política alimentaria creían que la revolución verde disminuiría significativamente el riesgo de hambruna y tendría un amplio y positivo impacto sobre la desnutrición.

La situación a principios de los 70 demostraba que las nuevas variedades daban buenos resultados, pero eran dependientes del suministro adecuado de fertilizantes y pesticidas debido a su alta productividad. Si los agricultores pobres no podían costearse las nuevas variedades por el rápido aumento de precios, entonces a menudo no daban mejores resultados que las variedades a las que habían reemplazado.

Un asunto relevante más era que incluso en el cénit de la crisis, en 1974, había reservas de grano almacenadas adecuadas para cubrir las necesidades de la población mundial. Los niveles de reservas se habían reducido a la mitad en los tres años anteriores, pero distaban mucho de estar agotadas. En su lugar, el problema primordial era el de la pobreza: con los precios de los alimentos en alza, la población más pobre simplemente no podía permitirse el lujo de comer.

La crisis llegó a su cima a lo largo de 1974. Se envió ayuda inmediata, también por parte de los países de Oriente Medio, recién enriquecidos por el petróleo, y los precios de los alimentos se redujeron como consecuencia del estancamiento económico en los países industrializados que siguió al impacto del aumento del precio del petróleo en 1973-4 en un 450%. La peor de las hambrunas anticipadas pudo evitarse.

Incluso así, mientras que la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación (FAO) proponía una serie de medidas para incrementar la producción de alimentos en los trópicos, el buscado aumento en la asistencia al desarrollo agrícola no estaba llegando desde los estados ricos, de forma que las mejoras en la producción de alimentos fueron mucho menores de lo que era necesario.

Crisis actual

La actual crisis se relaciona principalmente con el aumento de precios de los alimentos, más que con hambrunas que acechan a países vulnerables, pero el aumento de precios ha sido considerable y ha llegado en un momento en que también se dispara el precio del petróleo. Para muchos países del Sur,

los precios de los alimentos se han duplicado a lo largo del año pasado y mientras que esto puede afectar a proporciones sustanciales de su población, son los más pobres los que lo sufren más. En torno a 1.000 millones de personas todavía sobreviven con un dólar al día y esas personas típicamente gastan el 80% de sus muy limitados ingresos en alimentos. Si los precios suben bruscamente, no pueden costearse comprar lo que necesitan, y la desnutrición y las enfermedades ligadas a la pobreza crecen.

Las causas de la crisis son, como en 1973-4, variadas. Además del fracaso durante años de una inversión adecuada en desarrollo agrícola, ha habido un aumento de la presión sobre el suministro de grano a medida que la dieta de los países ricos se hacía más y más dependientes de la carne. Con los 8-12 kilos de proteína vegetal necesarios para producir un kilo de carne, el precio del grano aumenta y los agricultores plantan esos granos en lugar de los destinados a alimento directo. Un factor más ha sido el aumento del uso de la tierra para el cultivo de maíz destinado a biocombustibles, mientras que el gobierno de Estados Unidos proporciona 7.000 millones de dólares anuales de subsidios federales a sus propios agricultores.

Los factores climáticos han sido significativos, aunque en menor medida que en la anterior crisis, pero no cabe duda de que el aumento del precio del petróleo ha tenido un gran impacto tanto directa como indirectamente. El impacto directo se ha manifestado en términos de que los países pobres necesitaban gastar más en la importación de petróleo, aumentando la presión sobre sus reducidos presupuestos, y un efecto indirecto es que los altos precios del petróleo han aumentado el precio de los fertilizantes y pesticidas, al igual que el gasoil para los tractores y para las bombas para irrigación.

A finales de mayo se inauguró una conferencia de alto nivel de la ONU en Roma que se proponía mover a la acción y mejorar la crisis. Entre los resultados figura la propuesta de destinar 15.000 millones de dólares para una serie de medidas, incluida la reducción de tarifas a los agricultores pobres y la mejora de la inversión en desarrollo agrícola. Algunas de estas propuestas podrían ponerse en práctica, pero también es importante subrayar otros aspectos subyacentes de la crisis que tienen implicaciones a largo plazo, especialmente cuando se compara con los acontecimientos de 1973-4.

Indicadores para el futuro

El primero de estos aspectos es el coste de la energía. Después del alza del precio del petróleo en 1973-4, los precios de los carburantes cayeron a finales de los años 70 para subir de nuevo en 1979-80, principalmente por efecto de los agitados acontecimientos en Oriente Medio en el momento de la Revolución Iraní y el inicio de la guerra de Irán-Irak. Durante veinte años desde mediados de los 80, los precios han estado estancados, lo que supone una bajada en términos reales, debido a la inflación. Como consecuencia, el impacto del coste de la energía -especialmente el petróleo- sobre la producción de alimentos en las regiones más pobres tropicales y subtropicales fue relativamente limitado. Como en los veinte años anteriores a 1973, el potencial de un alza brusca del precio del petróleo no se consideró un factor de riesgo en el suministro de alimentos.

En un sentido, la historia se repite, pero hay una diferencia importante. El enorme aumento de un 450% del precio del petróleo que se dio entre octubre de 1973 y mayo de 1974 fue resultado de una acción política directa. Comenzó con la decisión de los miembros árabes de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) de manipular los mercados como medio de ejercer presión indirecta sobre Israel para que aceptara un alto el fuego en la Guerra del Yom Kippur/Ramadan, pero entonces la medida fue adoptada por la OPEP en su conjunto.

El aumento de precios del año pasado no se relaciona específicamente a una acción política directa de la OPEP o ningún otro grupo. Refleja otros temas, como una inversión deficitaria en la capacidad de refinado, un rápido incremento de la demanda de petróleo, especialmente de China, y una creciente y

cada vez mayor dependencia de los suministradores de petróleo de unos pocos países. La brusquedad del shock de 1973-4 condujo a muchos países industrializados a una mezcla inusual de inflación y estancamiento económico –“estanflación”, o como se denominó en inglés “stagflation”² – que resultó en una disminución inmediata de la demanda y una reducción de la subida de precios.

Esta situación puede reproducirse, aunque a un ritmo menor, pero la presión subyacente sobre el suministro de petróleo sugiere que no ocurrirá. Las alzas de los últimos dos años no se deben a grandes alteraciones políticas, como la Revolución Iraní hace casi treinta años. Si ocurriera un hecho de esa magnitud, incluyendo una acción militar de Estados Unidos contra Irán o un ataque paramilitar a las instalaciones petroleras de Oriente Medio, la actual inelasticidad del mercado de petróleo compensaría los aumentos sustanciales del precio del petróleo. Esto tendría efectos tremendamente negativos para los países pobres y sus sistemas alimentarios.

El segundo factor es que, como en 1973-4, el problema básico sigue siendo el de la pobreza y la marginación, no la escasez de alimentos. En el cénit de la anterior crisis, se estimó que había una escasez de unos 11 millones de toneladas de grano, que afectaba más seriamente a unos veinte países. Sin embargo, en aquel momento, la producción de grano superaba los 1.000 millones de toneladas y las reservas anuales rondaban los 100 millones de toneladas. La escasez se situaba a duras penas en una décima parte de las reservas mundiales. Los precios de los alimentos básicos pueden haber subido en todo el mundo, pero el impacto real se ha producido en aquellas regiones en que, a corto plazo, las condiciones climáticas y la pobreza endémica significaba que la población simplemente no podía alimentarse.

En los pasados 35 años hemos sido testigos de un impresionante desarrollo económico mundial, pero la gran mayoría se ha concentrado en una elite transnacional de alrededor de 1.200 millones de personas. El resto ha tenido que apretarse el cinturón e incluso hoy más de 1.000 millones viven con menos de un dólar diario. En otras palabras, el crecimiento económico no ha corrido paralelo a la justicia social y bruscos incrementos en los precios de los alimentos tienen un efecto inmediato sobre las comunidades más pobres.

En tercer lugar, como ORG ha defendido en sus informes, los grandes avances en educación, la alfabetización y la comunicación de todo el globo han constituido rasgos muy positivos de los últimos 35 años. Un efecto fundamental, sin embargo, es que la población es mucho más consciente de su marginación y, por tanto, es más proclive a reaccionar contundentemente como resultado de un fuerte sentido de injusticia. Esto se ha puesto en evidencia en los últimos seis meses y es una de las razones por las que los estados están tomando tan seriamente la actual crisis de los alimentos. Esta vez, a diferencia de la anterior, la crisis alimentaria ha estado marcada por disturbios y una ola de malestar social y político que afecta a muchos países, y que incluso ha llevado a algunas elites gobernantes a preocuparse por su propia supervivencia.

El último factor es que la actual crisis apenas está relacionada con los efectos probables del cambio climático sobre la producción de alimentos, ya que ha ocurrido antes de que esos efectos empiecen a manifestarse. Es posible que se hayan producido algunos unos cambios medibles en el clima global como resultado del cambio climático, pero estamos en las primeras etapas de esas transformaciones. El impacto del cambio climático en las regiones más pobres del mundo –productoras de tanta cantidad de los alimentos- podría incluir tormentas tropicales severas y aumentos del nivel del mar que conjuntamente impactarán en algunas de las tierras de cultivo tropicales y subtropicales más ricas. También conllevará grandes cambios de la distribución de lluvias y aumentos de temperatura que conducirán al “desecamiento” de regiones productoras de alimentos clave. Todo ello, en paralelo con problemas más inmediatos como los que estamos viendo actualmente, podría agudizar los problemas.

² Combinación de los términos “stagnation” e “inflation”. [N. de la T.]

Por tanto, si queremos evitar crisis de suministro de alimentos aún mayores en los próximos 35 años, hace falta acciones radicales en tres áreas:

- 1) Enormes esfuerzos para acortar la brecha socio-económica.
- 2) Rápido descenso de las emisiones de carbono.
- 3) Un programa especial de investigación sobre nuevas variedades de cultivo y gestión del agua para permitir a los agricultores del Sur hacer frente al inevitable impacto del cambio climático, incluso si sus peores efectos pueden minimizarse.

El mensaje real de la actual crisis alimentaria se sintetiza en que es probable que sea el anuncio de crisis mucho más serias si tales medidas no se llevan a cabo, y las acciones deben realizarse en los próximos cinco a diez años.

Paul Rogers es Profesor de Estudios de Paz en la Universidad de Bradford y Asesor de Seguridad Global del Oxford Research Group (ORG). Sus informes mensuales de seguridad internacional están disponibles en Inglés y Español en el sitio web <http://www.oxfordresearchgroup.org.uk/paulrogers.htm> y los visitantes pueden suscribirse para recibirlos via e.mail mensualmente. Estos informes son distribuidos sin cargo y sin fines de lucro, pero por favor, considérese hacer una donación al ORG si Ud. se encuentra en condición de hacerlo. Traducido al castellano por Nuria del Viso.
